

LOS NAHUALES.

## CAPÍTULO XXII

LOS NAHUALES

El Naoalli propiamente se llama brujo que de noche espanta á los hombres é chupa á los niños. Al que es curioso de este oficio, bien se le entiende cualquiera cosa de hechizos, y para usar de ellos es agudo y astuto, aprovecha y no daña. El que es maléfico y pestifero de este oficio, hace daño à los cuerpos con los dichos hechizos, saca de juicio y ahoga, es envaydor, ó encantador. — Sahagún, libro X, cap. IX.

No sólo la extremada piedad y el celo en el cumplimiento de las prácticas religiosas predominaron en la Nueva España; también la superstición fué uno de los caracteres distintivos de sus habitantes, particularmente de los que pertenecían á la clase ínfima del pueblo y á la raza indígena, que de antaño había sido supersticiosa.

Las preocupaciones de los indios las habían heredado de sus antepasados, habían echado en su corazón hondas raíces, y una continua práctica de ellas, pues constituyeron muchos de los misterios de su religión, habían contribuído á mantenerlas vivas y por luengos años, entre la gente sencilla é ignorante.

El pueblo, que en todas partes ha dado fácilmente crédito á lo maravilloso y fantástico, que por su mismo candor es impresionable á lo que de pronto hiere su imaginación, parece que estuvo convencido de lo que no fué sino patraña ó fábula.

Larga, inmensa es la lista de las diferentes supersticiones que hubo entre los indios, antes y después de la conquista, y podría escribirse un extenso libro si tratase uno de enumerar todas y cada una de las que existieron entre las diversas tribus que poblaron el Anáhuac, atribuídas unas á las plantas y animales, hijas otras de la preocupación, las más resultado del secreto con que supieron rodear al culto los antiguos sacerdotes, para tener sumisos tanto á los creyentes como á los vasallos.

En la Antigua y en la Nueva España una de las supersticiones más arraigadas fué la creencia en hechiceros y brujas, que no pocas víctimas proporcionó á un célebre Tribunal. El vulgo estaba convencido que las brujas salían de noche, volando por encima de los tejados, cabalgando en sendas escobas, bajo la forma de globos de fuego, y en busca de tiernos infantes en quienes saciar su sed de sangre. Creía á la vez, y á pies juntillas, en los fatales efectos de las pócimas, en el poder de los conjuros, y cosa extraña, á pesar del terror que le infundían aquellos seres extraordinarios, acudía à consultarles en sus aflicciones y en sus enfermedades, ora para penetrar los arcanos de lo desconocido, ora para encontrar remedio á males incurables.

Pero el brujo en nuestro país se nacionalizó y era conocido con el nombre de *nahual*. Fué el espanto de los campesinos de la Nueva España, á quienes hurtaba gallinas, guajolotes, ó mazorcas de maíz. La imaginación popular los representaba bajo figuras espantosas y extravagantes. Ya era un indio viejo transformado á fuerza de los años en horrible animal. Ya un anciano de ojos escoriados y sin pestañas, de rostro despellejado, de dientes blanquísimos, descubiertos siempre por sonrisa diabólica, con grandes uñas en los dedos de las manos y de los pies, y cubierto su cuerpo con plumas que la gente vulgar afirmaba les nacían á modo de cabellos.

"Los unos, dice un escritor, se transformaban en enormes serpientes, los otros en lobos ó coyotes. Detrás de los matorrales ó en la espesura de los bosques espiaban la ocasión de acometer á su víctima. De súbito al bordear un precipicio, al cruzar una vereda solitaria, y cuando el viajero estaba menos preparado, se veía asaltado por una fiera que lo hería y lo despedazaba sin piedad. El tal viajero había tenido sin duda un altercado con el náhuatl ó brujo, y éste, con las apariencias de la fiera, tomaba venganza de su contrincante. Nada más temido ni más aborrecible que estos nahuales por sus maleficios continuos. Nunca de sus manos salía bien librado un enemigo, siendo bastante una desavenencia ó ligero desacuerdo para que el náhuatl, con sus malas artes y sin que nadie se apercibiese de ello, depositase un tiesto ó una angulosa y cortante guija debajo de la piel del rostro de su adversario, formándose luego en el lugar alguna dolorosa llaga, incurable y eterna.

"Regularmente, el náhuatl comenzaba por dirigir torvas miradas que llenaban de consternación y de espanto á la multitud que imaginaba el cúmulo de desgracias que seguirían á tan fatídico anuncio. Luego, en el suelo ó en algún muro cualquiera, con groseros trazos, el náhuatl delineaba los perfiles del rostro de aquel á quien deseaba perjudicar, y en el lugar correspondiente á las sienes fijaba una espina: en el mismo instante la persona representada sentía en la cabeza un intenso dolor que no desaparecía mientras el brujo no lo extraía por conjuros y ensalmos."

Así los presentaba el vulgo, y estos *nahuales* eran su eterna pesadilla, pues merodeaban por dondequiera, así en las elevadas cimas de las montañas, como en las inmensas llanuras; cerca de las ciudades más populosas como de las más humildes aldeas.

"Había pueblos señalados por la profesión de nahuales, agrega el escritor citado, distinguiéndose entre los mixtecos el de Tecomastlahuac, en donde hallándose Burgoa de Ministro, setenta años después de la conquista, hubo necesidad de arrojar y mantener en perpetuo destierro á dos de esos brujos, porque á fuerza de malignidad se habían hecho insoportables á los vecinos; ni habían bastado los esfuerzos de la justicia y las persuasiones de los frailes para corregirlos. El mismo Burgoa recogió y retuvo en aquella casa vicarial á otro anciano idólatra "de más de setenta años, que vivía en los montes, desnudo, con el traje de la gentilidad y tenido entre los indios

por gran sacerdote, quien conforme sus ritos diabólicos, bautizaba, cenfesaba, casaba, siempre con sacrificios y efusión de sangre para la expiación que enseñaba de culpas; y teniéndolo con grillos, catequizándolo con caridad de cuerpo y alma, cuando daba muestras de muy reducido, acudiendo á la iglesia, oyendo misa todos los días y rezando el rosario, se desapareció una noche sin poder hallar rastro ni noticia de él, por grandes y exquisitas diligencias que se hicieron buscándole. Y los hechiceros eran tan perniciosos, que ni había conclusión de filosofía natural que no desmintiesen, ni impenetrabilidad de cuerpos que no falsificasen." 1

II

¿ Pero cuál fué el origen de estos hombres misteriosos, á quienes la tradición popular, y venerables cronistas como Burgoa, pintaban con tan negros colores? ¿ Desde qué época existieron estos seres admirables, que ya tan presto aparecían como bestias feroces, como sangrientos sacerdotes, ó como humildes cristianos, asistiendo al culto católico y recorriendo una á una las cuentas de su rosario? Cedamos la palabra al célebre abate Brasseur de Bourbourg.

"Náhuatl y el plural antiguo de Nanahuatl, dice este escritor, es el nombre con que fueron conocidas todas las tribus que hablan el idioma mexicano: de aquí proviene el título de las siete naciones Nahuatlacas, que se mencionan en muchas historias y relaciones que tratan de México.

"En el tiempo de la conquista, el vocablo Náhualt significaba en su sentido común á un hombre ladino, que habla bien su lengua. En su sentido primitivo se deriva de Nahualli, secreto, misterioso, oculto: en su origen es aplicado á las tribus del idioma mexicano, porque fueron sus sacerdotes y señores quienes introdujeron en Temoauchan ó Chiapas los misterios horrorosos en los cuales se derramaba mucha sangre humana, y que estaban mezclados con una

multitud de supersticiones, cuyos ritos tomaron después el nombre de Nahualismo. Ocultos tras el velo de estos misterios, los Nahuatlacas conspiraron más de un siglo á la destrucción de la religión y de la dinastía de los Chanes, y la traslación del asiento imperial de Nahan ó Palenque à Tulha, fué la consecuencia de la revolución causada por esta secta sanguinaria. Más tarde la expresión Nahualli se quedó como sinónima de brujo, mago, hombre hábil en las ciencias y en las artes, siendo origen del nombre Nahualista dado á los brujos de que habla el Sr. Núñez de la Vega, Obispo de Chiapas, en sus constituciones diocesanas. Los pueblos derivaron de ella la palabra Náhuatl, para designar á los hombres del mismo origen y lenguaje que los mexicanos, así nombrados, gente secreta ó misteriosa, ó magos, á causa de las juntas ocultas, á las cuales asistían sus antecesores, y de la hechicería de que se suponían inventores. El vocablo Náhuatl es todavía en el día sinónimo de genio ó demonio familiar, y el Nahualismo es la magia más común en la mayor parte de las provincias mexicanas, hasta la República de Guatemala. Añadiré que la potencia que el Nahualista ó brujo se imagina tener de transformarse en la figura de su animal ó demonio predilecto, así como toda la serie de ritos de esta secta, le da una semejanza muy notable con la hechicería de la media edad en Europa." 1

Como se podrá observar por las líneas anteriores, en ellas está explicada la etimología del nombre náhuatl ó nahual como se dice por corrupción de la palabra. Además, es muy probable, aunque no nos atreyemos á afirmarlo, que esa secta misteriosa y secreta de que nos habla el abate Brasseur de Bourbourg, sea el origen histórico de la creencia popular á que nos venimos refiriendo.

Pero ya que hemos dicho cuál puede haber sido su origen, fuerza es confesar que los *nahuales* mantuvieron su influencia por mucho tiempo, por siglos enteros, pues aun después de proclamada la independencia, merodeaban por todas partes.

<sup>1</sup> José Antonio Gay, Historia de Oaxaca, tomo I, cap. VI.—México.—Imprenta del Comercio, de Dublán y Comp.—Calle de Cordobanes número 8.—1881.

<sup>1.</sup> Cartas para servir de introducción á la Historia primitiva de las naciones civilizadas de la América Septentrional.—México.—1851.—Edición de M. Murguia, á dos columnas, una conteniendo el texto francés y otra el castellano.

En realidad, se impusieron al pueblo por varios motivos fáciles de comprender. Los primeros nahuales fueron antiguos sacerdotes idólatras, que rebeldes á la nueva religión, trataron de conservar las creencias que habían heredado de sus mayores y que ellos juzgaban verdaderas. Bajo este aspecto fueron muy venerados y se atrajeron multitud de creyentes. Vivían en pueblos lejanos, y dicen "que acostumbraban raer el pelo de la cabeza, dejando un cerco de cabello como la corona de los monjes, y que por eso hasta hoy se ven muchos de esta suerte." Después, debido á la constancia inquebrantable de los predicadores cristianos, poco á poco fueron desapareciendo, hasta tomar otras formas, ya explotando los conocimientos que poseían en las virtudes de las plantas y transformándose en curanderos; ya fomentando la falsa idea que gozaban de brujos, para asaltar á los medrosos y robarlos en medio de los caminos ó en las cercanías de las ciudades.

Por fortuna tales supersticiones se han ido borrando para siempre.

De los llamados nahuales apenas queda una idea remota en algún rincón de nuestra República, en algún pequeño villorrio ó en algún humildísimo rancho. Parece que la majestuosa locomotora, como evocándolos por un conjuro, los ha hecho huir con su poderoso silbato, como una parvada de maléficos espíritus.

CAPÍTULO XXIII

LA CAPILLA DE LOS TALABARTEROS